

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS



UN FANATICO

—¿Quién es ese hombre extraordinario que desde la cubierta de un buque se eleva por los aires como un pájaro, dejando atónita á la tripulacion, que alarmada trepa por las vergas para cogerle creyendo que va á caer al mar y ser devorado por el abismo?



¿Quién es ese hombre que dominando á la naturaleza cual si fuese dueño de ella, da vista á los ciegos, oido á los sordos, fuerza á los paralíticos, y salud á otros enfermos haciéndoles pasar repentinamente desde las puertas del sepulcro, á la plenitud de la vida?

¿Quién es ese hombre á cuyo derredor se agolpan en tropel las gentes, corren pueblos enteros, y cuantos sufren y padecen buscan con ansia en él el alivio de sus miserias ó el socorro de sus necesidades?

—Es un fanático.

—¿Un fanático! ¿Acaso un fanático, puede llegar á tan alto grado la virtud, dominando los elementos del cielo y de la tierra y cautivando así los corazones de los hombres?

—Sin duda ninguna: el mundo llama fanático al que desprecia sus máximas, al que por seguir el camino de la per-

feccion, prefiere la pobreza á la riqueza, los dolores á los placeres, la abnegacion y el sufrimiento, á las glorias y la vanidad; y en tal concepto, fanático y más que fanático fué el célebre José Oriol, el héroe de la penitencia, el hombre prodigioso, que supo probar una vez más, que no por la ciencia y el talento, no por la fuerza y el poder, no por el oro y la astucia, llega el hombre á la realizacion de sus grandes aspiraciones; sino por el camino de la abnegacion y del sacrificio que dejó abierto á la humanidad el Maestro de los maestros,

¿Deseas conocer, querido lector, la historia de ese hombre sublime, y la de sus hechos admirables y sorprendentes? Pues hela aquí.

Hacia fines del año 1650, nació en Barcelona un niño hijo de un pobre terciopelista llamado Juan Oriol. Educado cuidadosamente en la escuela de la piedad y de la virtud que ahora llaman fanatismo; aleccionado primero por su cristiana familia, luego por fervorosos sacerdotes, y mas tarde por dignísimos maestros, llegó á formarse de tan buen modo, que desde luego hizo concebir las más lisongeras esperanzas. Sus primeros pasos en la vida fueron dirigidos al estudio, al trabajo y á la oracion. Alojado en la casa de una honrada familia que al quedar huérfano le recogió, apenas durante más de siete años se le vió salir de su retiro sino para ir á la Iglesia ó á la Universidad. Allí retirado estudió sucesivamente filosofía, teología, moral y lengua hebrea, y llegó á obtener las órdenes sacerdotales y el grado de Doctor, no tan prodigado entonces como ahora que lo ostentan ufanos y satisfechas millares de capacidades laicas, que se verian apuradas para contestar á tres preguntas del catecismo.

Cuando el jóven Oriol, sacerdote ya y bien instruido, estuvo en condiciones para enseñar á otros, deseando vivir de su trabajo, y no ser gravoso á la bondadosa familia que le habia criado, entró de preceptor en la casa de un señor apellidado Gasneri. Allí llamado por la Providencia á una vida de perfeccion que habia de ser para su siglo llama

luminosísima que le alumbrase y vivificase impeliéndole por el camino del bien, dió el primer paso en la senda de una penitencia y de una austeridad verdaderamente asombrosas.

Hallándose un dia el jóven Oriol sentado á la mesa del señor Gasneri, trató de alargar la mano para servirse de un plato exquisito que acababan de sacar y con gran sorpresa suya se encontró



cogido del brazo. Volvió la cabeza, vió que nadie habia tras él, y creyendo que habia sido una ilusion intentó de nuevo gustar la vianda pero fué en vano; la fuerza misteriosa volvió á contenerle segunda vez.

Aun trató por vez tercera de conseguir su intento, pero fué tambien inútil. Entonces, habiendo entrado dentro de sí y comprendiendo lo que aquel misterioso aviso significaba, se levantó de la mesa, retiróse á su habitacion y desde aquel dia no comió ya en toda su vida más que pan y agua.

Y aquí viene lo bueno. Aquí vienen las murmuraciones de las gentes, la rechiflas de los zumbones y hasta las sabias amonestaciones de las personas circunspectas que no gustan de exageraciones y que no pueden ver con calma que un hombre comprometa su salud en rigurosos ayunos, mientras no hallan

inconveniente en que uuera de un reventon.

Gracioso hubo que bautizaron desde aquel dia al joven Oriol con el despreciativo mote de Doctor *pan y agua*.

Pero el Doctor *pan y agua*, no era hombre que se apuraba por tan poco. Estaba llamado á resistir mayores ataques.

Recogido algun tiempo despues en el desvan de una casa habitada por una cristiana familia, y habiendo sido nombrado beneficiado de la Iglesia del Pino, dió comienzo á una vida tan ejemplar que no pudo menos de imponer silencio á sus detractores.

Su pobreza era completa; sus muebles se reducian á una mesa con algunos libros, un lebrillito y un cántaro para lavarse, una tabla con una estera para dormir, un arca para guardar su ropilla, una silla de brazos para sentarse, y un Santo Cristo para hacer oracion.

Conforme recibia su paga mensual la repartia entre los pobres y con tal regularidad hacia esto, que los necesitados sabian ya perfectamente el dia que firmaba la nómina, y se les veia á plazo fijo en la puerta de la Iglesia esperando al grandísimo *fanático* que así se desprendia mensualmente del dinero propio para cubrir necesidades ajenas.

Ocasiones hubo, en que habiéndole quedado una moneda de plata en la faltriquera, viósele intranquilo durante el coro, volverse de un lado á otro y habiéndole preguntado la causa contestó que tenia un *diablo* en el bolsillo que le estaba dando guerra hasta que saliera á la calle y lo echase á rodar.

Apenas si se reirán de estas *sandeces* los modernos *redentores* del pueblo que darian un ojo de la cara por tener la casa llena de *diablos* y no soltar uno aunque les diesen en el codo con una maza.

Pero volvamos á nuestro buen Oriol. No solo llevó hasta un grado heróico su pobreza y su caridad, sino que hizo lo mismo con sus ayunos y penitencias. Durante su vida solo raras veces se le vió comer otra cosa que el pan duro y seco que para su alimento compraba él mismo; y que para mayor mortificacion, solia cambiar con el que recogian los pobres de limosna.

Los domingos como cosa extraordinaria iba al Monjuí y recogia algunos yerbajos para acompañar el pan y celebrar la fiesta.

Su sueño llegó á limitarse hasta dos

horas que pasaba sentado ó recostado sobre el banco que le servia de lecho, poniéndose á veces una cerilla encendida entre los dedos para que al consumirse le avisase.

Era el mismo reloj despertador que solia usar san Pedro Alcántara; otro *fanático* por el estilo

¿Y de sus cilicios, qué diremos? Baste recordar que se conservan hoy como un monumento y se muestran á las gentes que los contemplan con ojos espantados.

No ha mucho los admiraba en la iglesia del Pino de Barcelona la Reina Regente de España rodeada de algunos cortesanos.

Casi estamos por creer que entre ellos no faltaria quizá algun *corbata blanca* que exclamase al ver la máquina.

—¡Hombre, vaya un gusto de clavar-se en las carnes ese aparato! ¡que cosas tienen ciertas gentes!

En efecto las gentes que miran *hacia arriba*, tienen cosas que no comprenden las que miran *hacia abajo*. Las austeridades cristianas, son y han sido siempre matemáticas sublimes que suenan á pura algarabía en los oidos de los que no conocen otros sacrificios que el que hay que hacer en una noche de invierno para oír cantar á Gayarre ó aplaudir los gorgoritos de la Patti.

Al Beato Oriol no le habia dado por ese lado. Guardaba sus entusiasmos para cosas más altas, y empleaba el tiempo que Dios le habia concedido en ir fomentando en su corazon el fuego de la caridad que es el único capaz de elevar el espíritu del hombre hasta las alturas de la Divinidad. Su oracion puede decirse que era continua; su celo por la salvacion de las almas extraordinario. Toda su ilusion consistia en irse á convertir infieles y dar la vida por la fé de Jesucristo.

Un dia viéronle algunos de sus compañeros de coro salir por una de las puertas de Barcelona con el rostro muy encendido y como hombre que se dispone á realizar alguna gran resolucion. Preguntáronle y vieron que en efecto se marchaba á Jerusalem á pié, con la cabeza descubierta y sin un cuarto, pues como de costumbre todo lo habia dado de limosna.

Hiciérole aplazar su proyecto y si accedió á ello fué para prepararlo mejor. Hecho su testamento y arregladas sus cosas pocos dias despues partia para los Santos Lugares.

Pero no era voluntad de Dios que llegase allá. Al pasar de Marsella sobreco-

gióle una enfermedad gravísima y habiendo llegado á las puertas de la muerte apareciósele la Virgen, mandóle regresar á Barcelona y le curó repentinamente.

Y aquí es donde puede decirse verdaderamente que empieza su vida extraordinaria y prodigiosa, sus hechos sorprendentes, sus admirables milagros y sus raptos asombrosos.

Queriendo sin duda Dios Nuestro Señor premiar la docilidad y sumision de su siervo ó quizá dar con él al mundo una prueba de su ilimitado poder, concedióle ó mejor dicho, acrecentóle de tal modo la facultad de obrar cosas extraordinarias que su vida puede asegurarse que fué en adelante un prodigio continuado.

Su primer gran milagro ocurrió en el mar.

Viniendo de Marsella á bordo de un buque sorprendióle una tempestad y ya los marineros se encontraban perdidos sin remedio, cuando, bendiciendo las aguas el nuevo taumaturgo, calmó la furia de los vientos, y dejó el mar en tranquilísima bonanza.

Y aquello no era más que el principio de una gran serie de prodigios.

Habiéndose puesto poco despues á orar de rodillas sobre la cubierta del mismo barco, exclamando *¡amor mio! ¡amor mio!*, elevóse por el aire y de tal modo subió y á tal altura llegó, que la tripulacion, atónita y espantada, creyendo que el buque le dejaria atrás en su camino, ó que se quedaria perdido en medio del Mediterráneo y moriria en las aguas, subieron á las jarcias para cogerlo. Más no fué necesario. Cuando pasó el éxtasis, el Beato, descendió pausadamente sobre el mismo sitio en que se habia elevado, y á los que atónitos le preguntaban, solo contestó humildemente: *No es nada; no es nada.*

En efecto, aquello no era nada; no era sino que el *fanático* habia empezado á demostrar el alcance de su *fanatismo*; no era sino que el Doctor *pan y agua* habia empezado á dar al mundo una serie de lecciones, con las cuales iba á probarle como dos y dos son cuatro que las altisonantes cábalas de la ciencia humana, pueden y valen un ochavo de cominos al lado de lo que vale y puede un corazon cristiano entregado al servicio y al amor de Dios.

A. C y G.

(Se concluirá)

LIBRE--PENSADORES LEED

Hace años comenzó á propagarse por las Islas Sandwih, la terrible enfermedad de la lepra, siendo tales sus estragos, que el gobierno colonial se creyó obligado á aislar los que estaban infectados de ella. Relegados á un extremo de la isla Molokai, entre el mar y montañas inaccesibles, aquellos infortunados se veian condenados á destierro perpetuo. Era sumamente necesario que un sacerdote fuese á socorrerles, pero no era fácil; pues habiéndose prohibido toda comunicacion entre la leproseria y el resto del archipiélago, no podia un misionero asistirles sinó encerrándose perpétuamente con ellos, y el vicario apostólico, habia declarado que no impondria á ninguno tamaño sacrificio. Entonces uno de ellos, movido por la caridad, ofreció generosamente su vida en socorro de aquellos desvalidos. Llamábase el P. Damián Devenster, que es el célebre misionero que acaba de morir ya consumido por la lepra y á quien Inglaterra ha levantado una estatua. Poco después de dar principio á su peligroso apostolado, escribia la conmovedora relacion que sigue:

“...Acordándome que el dia de mi profesion me habian cubierto con el paño mortuario, ofrecíme á mi prelado para afrontar, si lo creia conveniente, esta segunda muerte. En consecuencia, el 11 de Mayo último un buque de vapor me dejó aquí con 50 leprosos que los gendarmes habian recogido en la isla de Havai.

A mi llegada he encontrado una linda capilla dedicada á Santa Filomena, pero sin una choza donde refugiarme. No queriendo dormir bajo el techo de los leprosos, abrigueme largo tiempo debajo de un árbol, hasta que la caridad... me permitió construir una vivienda de 16 piés de largo por 10 de ancho, desde donde escribo. Aunque hace seis meses me veo rodeado de leprosos, no he contraido tan espantoso mal....

La lepra es una enfermedad casi incurable que se engendra poco á poco por la corrupcion de la sangre. Los primeros síntomas son unas manchas negruzcas que aparecen en el cutis, principalmente en las mejillas; y las partes afectadas carecen de sensibilidad. Al cabo de algun tiempo esas manchas cubren todo el cuerpo, y se abren llagas en las manos y los piés; las carnes se corrompen exhando un fétido olor, y el aliento se inficiona de tal modo que emponzoña el aire.

Mucho me ha costado habituarme á semejante atmósfera. Un dia, durante la misa, sentí tal sofocacion, que estuve á punto de bajar del altar y salir á respirar un poco el aire libre; pero detúvome el pensamiento de Nuestro Señor haciendo abrir en su presencia el sepulcro de Lázaro. Al presente la delicadeza de mi olfato no me ocasiona ya esa pena, y entro sin dificultad en los aposentos de los leprosos. A veces, sin embargo, siento aun repugnancia, y es cuando he de confesar enfermos cuyas llagas están llenas de gusanos,

semejantes á los que devoran á los cadáveres. Muchas veces tambien me encuentro muy embarazado para administrar la Extrema-uncion, porque piés y manos no son más que una llaga, señal de muerte próxima.

Esta descripcion os dará una idea de mis tareas cotidianas. Representaos al capellan de un hospicio que contiene 800 leprosos. Aquí no hay médico; por otra parte su ciencia seria inútil. Un blanco, que es leproso, y este vuestro servidor, que no lo es, suplen á los cuidados de la medicina.

Todas las mañanas despues de la Misa seguida siempre de una plática, voy á visitar á los enfermos, la mitad de los cuales son católicos. Al entrar en cada choza comienzo por ofrecer el remedio que cura las almas. Los que reusan este socorro espiritual, no por esto quedan privados de la asistencia corporal, que reciben todos sin distincion. Así es que, exceptuando un corto número de herejes obstinados, todos me miran como á su padre. Hágome leproso con los leprosos para ganarlos todos á Jesucristo; de aquí es, que cuando predico, acostumbro decir; *Nosotros los leprosos.*

Desde mi llegada he bautizado más de cien leprosos, y muchos de estos neófitos han partido ya para el cielo. Por término medio muere un leproso por dia. Muchos de ellos son tan podres que nada tienen para su entierro, y sus cuerpos son envueltos en una manta. En cuanto me lo permiten mis ocupaciones, yo mismo construyo sus ataúdes.

...Acabo de edificar una segunda capilla á dos millas de aquí, al otro lado del establecimiento. Me ha costado 1.500 pesetas, sin contar mi trabajo personal de carpintero. Nuestras Hermanas de Honolulu me envian ropas, y otras almas caritativas hacen lo demás.

...Al mismo tiempo que cuido á mis caros leprosos, quisiera trabajar en la conversion de la isla, en la cual no hay otro sacerdote con residencia fija, y por consiguiente me hace falta un compañero; pero ¿en dónde encontrarlo?

Rogad para que el Señor se digne bendecir mi mision.

No tardó el P. Damian en ver satisfecho el deseo que manifestaba al fin de su carta, puesto que en Enero de 1874 se le dió por compañero al P. Andrés. Bugermann, que á imitacion suya quiso consagrarse á tan penoso ministerio.

Más adelante, el P. Archambaux que se atrevió á visitar la leproseria, escribia la siguiente relacion:

“...Despues de haber seguido durante una hora el tortuoso sendero trazado en los escarpados flancos de estas rocas, llegamos al llano, dejando al Oeste, á una milla de distancia, el pueblo de Kalaupapa con sus casas blancas y capilla católica cuyo campanario percibíamos. Este pueblo no contiene más que una pequeña parte de la poblacion leprosa, y el resto está agrupado en Kalawao. A la entrada de este punto, cuyas casas son de madera y blancas como las de Kalaupapa, noté un gran recinto cuadrado en medio del

cual se levantan numerosos edificios. El P. Damian me dijo que era la enfermeria donde se refugiaban los leprosos cuyo mal estaba más avanzado.

De ella y de las demás casas ví salir multitud de hombres, mujeres y niños que venian á pedirme noticias de sus parientes y amigos. Muchos caminaban con gran pena, y la mayor parte estaban horriblemente desfigurados. Un jóven leproso ocultaba el rostro en sus manos.

—No temás, hijo mio, —le dije.

Entonces separó sus manos y pude ver horribles llagas. Comenzaba á dominarme una fuerte emocion, pero seguí adelante rodeado de aquellos infortunados seres que entraron con nosotros en la capilla. Entonces me postre á los piés del soberano consolador de los afligidos, y dí libre curso á mis lágrimas.

Los dias siguientes fuí en compañía del P. Damian á casi todas las casas de los dos pueblos de Kalaupapa y Kalawao. Despues de examinar é interrogar á los enfermos, les dirigiamos algunas palabras de consuelo y confesábamos á los que lo pedian.

“Aunque diversas veces habia tenido ocasion de asistir y enterrar á varios leprosos en la isla de Maui, me conmovió profundamente ver reunidas tanta multitud de víctimas, hombres, mujeres, niños, jóvenes, doncellas de condiciones y razas diversas reunidos de todas las islas del archipiélago. Entre ellos hay católicos y protestantes; unos y otros tienen un cementerio separado, y las numerosas sepulturas que ahí se ven indican de sobra la extension de los estragos causados por la lepra.

Ibamos á comenzar unos ejercicios espirituales como preparacion para ganar la indulgencia del Jubileo; favor excepcional que esperaban con alegria nuestros pobres enfermos deseosos de recibirlas antes de morir para comparecer más puros en la divina presencia. Los ejercicios se han celebrado en Kalawao.

Cada dia, mañana y tarde, durante una semana, nuestros cristianos ménos inválidos venian á la capilla para asistir al santo Sacrificio, oír las instrucciones, hacer el Via-Cruceis confesarse, adorar al Santísimo Sacramento, rezar el Rosario y ponerse de un modo especial bajo la proteccion de María Inmaculada.

Aunque los principales ejercicios se hacian en la cabeza del distrito, apenas hemos dejado pasar un dia sin ir á la capilla de Kalaupapa situada á tres millas de nuestra residencia. Nuestros cristianos han rivalizado allí en celo con sus vecinos. El P. Damian les dió la Comunión el domingo, mientras yo celebraba misa en nuestra capilla de Santa Filomena en Kalawao: Dos coros de cantores de ambos sexos entonaban cánticos religiosos con tajajuste y armonía, que nadie hubiera creido se tratase de pobres leprosos.

Además de los paganos hay también en Molokai calvinistas y mormones, pero ni unos ni otros cuentan con sacerdotes suyos. Ninguno de esos falsos apóstoles ha venido á establecerse en esta espantosa soledad.

Los que moran en esta tierra ingrata, en-

cerrada entre las olas del Océano y montañas cortadas á pico, no pueden sustraerse al pensamiento de la muerte. Casi no pasa día sin que la campana deje de anunciar una nueva defunción. Los fieles se reúnen al rededor del féretro, y después de orar un poco llevan á la última morada un pariente ó un amigo.

Siete años después escribía el P. Damián á su familia lo siguiente:

“Pronto cumplirán siete años que vivo con estos infelices leprosos que la sociedad de los hombres expulsa de su seno: siete años, durante los cuales he tenido ocasion de tocar con el dedo la miseria humana en lo que tiene de más horrible y espantoso. La mitad de mi gente no ofrece más que cadáveres vivos que los gusanos comienzan á devorar primeramente por dentro y luego por fuera: sus cuerpos no son más que una disforme llaga que raramente se cura. En cuanto el hedor que exhalan, figuraos el *jam fætet* del sepulcro de Lázaro.

El gobierno hawaiano continúa enviándonos nuevos leprosos, y no podemos mantener sinó el número de los confinados á Molokai, faltándonos recursos para admitir mayor número de ellos. Desde que me hallo aquí, entierro anualmente unos 200, y el número de los vivos ha excedido siempre de 700.

Hace pocos años fundé un pequeño huérfanato de jóvenes leprosos....

De vez en cuando recibo gruesos bultos de ropas para los pobres y para mis numerosos huérfanos. En los primeros años de mi ministerio recibía á menudo cuantiosas limosnas, pero la caridad de Ultramar parece haber olvidado á los leprosos de Molokai. Y sin embargo la situación no ha cambiado; el mal es siempre el mismo, y continua haciendo estragos y causando sin cesar nuevas víctimas. ¡Oh! si los generosos cristianos de Europa fuesen testigos del doloroso espectáculo que cada día se presenta á mis ojos, sus corazones se conmoverían profundamente, y contribuirían á mitigar tantos infortunios.”

Finalmente, cuando ya el P. Damián estaba muy avanzado en la lepra, otro héroe de caridad que fué á acompañarle, el P. Conrardy, congregacionista también de los Sagrados Corazones escribió la siguiente carta á uno de sus colegas de Bélgica dando noticias de la leprosería y del P. Damián.

“Querido y reverendísimo padre y hermano: La tierra en que vivimos no es muy diferente de una grande cárcel; montañas escarpadas de 2,000 piés de altura nos separan de lo restante de la isla. Nuestra estancia tiene unas tres millas de largo y un tercio de anchura máxima.

„Somos de 1,000 á 2,000 personas. Hasta hoy he dudado si volvería ó no á ver la Europa; pero veo ahora que mi presencia es aquí necesaria. Nuestros queridos leprosos no sufren mal trato en lo material; pues el gobierno provee bien durante el tiempo que han de pasar aquí, que es de cinco á diez años. La mayor parte sucumbe dentro de los cinco. El P. Damián ha visto renovada esta población tres veces, y no sé cuantos cambios me toca-

rá á mi presencia. ¿Quedaré yo también inficionado? Es muy probable que sí; pues las precauciones se pueden prescribir mejor que guardar; además, muy dudoso parece el feliz éxito de ellas.

„Pero quiero hablar á V. sólo del P. Damián, que pronto morirá mártir de su propia caridad y abnegación. En Inglaterra y América se le dá este nombre, y para mí es reservada la gracia de vivir junto á él. La lepra le va consumiendo, atacando alternativamente sus oídos, ojos, nariz, garganta, manos y pulmones. Lo que ha padecido es indecible: al presente está completamente desfigurado; su voz se ha casi apagado. ¡Si V. le viera tendido en su lecho sobre el suelo, no podría contener las lágrimas al pensar que aquel que tanto ha hecho para socorrer á los desamparados, hállase ahora en una condición tan lastimosa, siendo además muy poco lo que se puede hacer en su alivio! Afortunadamente conserva el Padre todavía el uso de las manos, de que otros se ven privados, y sus piés todavía no han desaparecido como en otros. La lepra es de diferente forma: algunos acaban por putrefacción; otros se van secando; unos se hallan cubiertos de escamas; otros pierden las extremidades; y algunos, finalmente, se desfiguran en la cara de un modo que da miedo verlos....

„Si el P. Damián tiene que morir pronto, yo quedaré inconsolable por muchas razones. Él cuida á más de cien leprosos huérfanos, lo que no es poco cuando se considera que todo nuestro ministerio es servir á los leprosos. ¡Ojalá se dignen Dios conservárnoslo uno, ó mejor dos años más en cualquiera condición que sea! Yo vivo con él y comemos juntos. La repugnancia que yo sentía ya no existe, y estoy en las manos de Dios. Cuando me hallo de rodillas cerca de un leproso, respirando unos perfumes que pondrían en fuga á un regimiento de soldados, me parece que estoy sufriendo algo de mi purgatorio. ¿Qué le parece á V.? Cada semana llega un vaporcito. Todos van á la orilla. A veces los que llegan están mojados hasta los huesos. Luego comienzan gritos y llantos. Ahí está un marido que se encuentra con su mujer, ó al revés; allá unos hijos que vuelven á ver á sus padres. Se hace la lista de los recién llegados, y se les procura habitación. Aunque yo no esté todavía atacado, me sería menester licencia de la Comisión Sanitaria para ausentarme de la Colonia. Pero no deseo salir. Aquí está mi ministerio, y aquí quedaré. Aprovecho esta ocasión para desear á V. y á todos los amigos un feliz año nuevo.

„Su atento y seguro servidor y amigo,—L. Conrardy.”

Y ahora bien ¿que les parece á los enemigos de los curas y frailes, esos frailes y curas que se encierran entre apestados para morir á plazo fijo por hacer bien á los demás? ¿Habrá algún incrédulo que haga lo mismo? ¿Habrá algún filántropo mason de esos que tanto hablan de *humanidad* que se atreva á imitar al P. Damián, al P. Bugermann ó al

P. Conrardy? Desengáñense los enemigos del catolicismo, fuera de la fé cristiana difícilmente se encontrarán héroes de esa talla. Los gigantes de la caridad verdadera y desinteresada solo se forjan en el horno ardentísimo del Sagrado Corazón de Jesús; las psuebas dicen.

GANTÁRES

—(—)

Aquel que quiera saber
Donde la verdad se encuentra,
Que busque á quien obra bien
Que le siga y que le crea.

La verdad hija del cielo
No se encuentra entre los hombres
Que solo quieren gozar
Dando suelta á sus pasiones.

PENSAMIENTO

—(—)

Si quieres ver á un hombre convertido en héroe, llénale el alma de fé y el corazón de esperanza; si le quieres ver hecho un malvado, infíltrale poco á poco el veneno de la incredulidad.

Bibliografía

—(—)

CARTA DE UN FILÓSOFO INTEGRISTA al director de «La Unión Católica»: por D. J. M. Ortí y Lara Catedrático de la Universidad de Madrid y miembro de la Academia Romana de Santo Tommas de Aquino; Madrid. Biblioteca de La Ciencia Cristiana, Calle de la Bolsa número 10 principal. Carecemos de competencia para juzgar la obra que anunciamos solo diremos que como salida de la pluma del eminente filósofo católico Sr. Ortí Lara, merece formar parte de la biblioteca de los católicos españoles que no han doblado la rodilla ante el ídolo de la moderna civilización.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 „ „
Un cuarto id.	1 „ „
Un octavo id.	0'50 „ „

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de «La Semana Católica», Villanueva, 6, bajo.